

JOSÉ LUIS MUÑOZ

EL MAL
AB[⚡]OLUTO

XI PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE BADAJOZ

algaida



Un jurado compuesto por Carmen Fernández-Daza, Marta Rivera de la Cruz, Fernando Marías, Manuel Pecellín y Miguel Ángel Matellanes, concedió a la novela *El mal absoluto*, de José Luis Muñoz, el XI Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

Primera edición: febrero 2008

© José Luis Muñoz, 2008
© Algaida Editores, 2008
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-026-1
Depósito legal: M-6.205-2008
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

UNO	11
DOS.....	19
TRES.....	27
CUATRO.....	35
CINCO	45
SEIS	99
SIETE.....	121
OCHO.....	199
NUEVE	211
DIEZ.....	221
ONCE	233
DOCE	241
TRECE	253
CATORCE	265
QUINCE.....	273
DIECISÉIS	283
DIECISIETE	299

Para mí, Auschwitz no es una experiencia excepcional. Es la máxima verdad sobre la degradación del ser humano en la historia moderna.

IMRE KERTÉSZ

Para Verónica Vila-San Juan, amiga que siempre creyó en esta novela y fue su máxima defensora.

UNO

HERR GÜNTER MEISSNER ESPERABA AQUELLA TARDE a los periodistas en su casa de campo a las afueras de Munich. La residencia de los Meissner había pasado de padres a hijos y las propiedades habían ido creciendo a lo largo de los años en progresión geométrica. Los casi dos mil metros cuadrados de robusta construcción y las tres plantas de aspecto granítico hubieran sugerido un castillo feudal si no fuera por los más que amplios ventanales que llevaban la luz de los jardines al interior de la casa, y estaban rodeados, en perfectos círculos concéntricos, por viñedos meticulosamente cuidados que daban una excelente uva blanca que luego se transformaba en vino con cuerpo y afrutado, ideal para degustar con truchas o salmones. Los Meissner comercializaban, como hobby, una variedad de caldo bajo la etiqueta Langonfeldersen, perfectamente equiparables con los Reh Kendermann, Lingenfelder y St. Ursula, en botella alargada que inducía a cierta confusión al relacionarla con los vinos de la cuenca del Rin. Pero los Lingenfelderren, especialmente los

de la añada 2002, que habían adquirido un precio interesante en el mercado y habían obtenido un resultado sobresaliente en cuantas catas a ciegas se sometieran, eran vinos secos a años luz de los azucarados Liebfraumilch y similares, causantes del desprestigio de los caldos alemanes y de que la cuota alemana en el mercado británico hubiera descendido del veinte por ciento a menos del diez por ciento en los siete últimos años. Por esa razón, por ese amor al vino, que para la familia Meissner era como una segunda religión, el visitante que se acercaba a la residencia era inevitablemente invitado a saborear una copa y a exponer libremente su opinión.

Los Meissner eran una acaudalada familia alemana tradicional, de origen bávaro y católica practicante, que desde principios del siglo pasado habían orientado sus negocios —el vino era solo un exquisito hobby que daba lustre a la familia— a toda la industria relacionada con el acero, desde la extracción hasta la fabricación, pasando por la comercialización y la exportación a terceros países. Vivía Günter Meissner con su esposa Greta, una antigua actriz de teatro ya retirada que tuvo algunas opciones en el cine alemán de la UFA y en la posguerra, y el matrimonio formado por Johan Meissner y Melissa Henreid, que tenían dos encantadores hijos pequeños: Vilhelm, de siete años, y Adler, de diez, blancos ambos de piel, más ario el segundo que el primero, que arrastraba una ligera cojera y un leve atraso mental; un clan familiar orgulloso, desde la cuna, de lucir el patronímico familiar como una divisa patriótica.

—¿A qué vienen esos periodistas, Günter?

Greta, pese a la edad, conservaba la hermosura de antaño. Hay dos clases de mujeres: las que son bellas cuando son jóvenes —tremendamente hermosas, hasta quizá en exceso: hay una belleza que daña la vista, que ahoga a quien la contempla—, pero que luego tienen una madurez decadente, frustrante, convirtiéndose lo que orgullosamente exhibían en su época de juventud en una pesada losa para esos años de madurez; y hay mujeres que no han sido tan bellas, pero cuyo deterioro, involución física ineludible pese a los parches que se le quieran poner a la degradación de la edad, se ha desarrollado dentro de unas pautas de armonía consigo misma, y en este segundo grupo entraba la señora Meissner con sus algo más de ochenta años, una edad más visible en las manos y en el cuello que en el rostro o en el cuerpo, que seguía manteniendo una envidiable agilidad. No era ajena a ese perfecto estado de conservación, amén de los muchos cuidados que tenía con su físico —rigurosas horas de sueño al día, alimentación metódica y sana exenta de grasas y azúcares, estancias en balnearios, veraneos buscando el sol en las alejadas Canarias o en el exótico Túnez, tratamientos de talasoterapia en el Mar Muerto, etc.— las recurrentes visitas que hacía al cirujano plástico de la familia, el doctor Künstler, amigo de la infancia, hombre de absoluta confianza, que eliminaba arrugas, grasa superflua y manejaba el bisturí con una habilidad asombrosa, sin dejar una sola huella de su paso por la piel. De ahí el aspecto altivo, aristocrático, de la señora Meissner y el que sus amistades se dirigieran a veces a ella denominándola, familiarmente, *nuestra Silvana Mangano*, pese a ser esta

una actriz italiana, estar muerta y haber sido, en su juventud, voluptuosa, cosa que nunca fue la delicada y femenina señora Meissner de cuello de cisne y andares de bailarina.

—No me has contestado, querido. ¿Por qué esos periodistas?

Günter Meissner dejó de mirar a través de la cristalera de aquel enorme salón. Sus dimensiones eran palaciegas; su decoración, versallesca, aunque el dinero invertido en él y, en general, en el resto de la mansión, no pudiera ocultar un cierto mal gusto: el de quien, a pesar de nadar en fortunas y haberse criado entre algodones durante buena parte de su vida, no consigue asimilar conceptos estéticos y eso se hace especialmente evidente en la baja calidad de los cuadros —lienzos comprados en subastas de segunda fila, en anticuarios poco escrupulosos, botines de desahucios— que tapizaban literalmente paredes con motivos cinegéticos, paisajes, bodegones, algún retrato de prohombre desconocido, o en la ausencia de armonía que existía en los papeles que cubrían los muros de la mansión —demasiados ornamentos florales, volutas, vasijas helenísticas que simulaban relieve para salir de la pared en donde permanecían pegadas—, o en las desmesuradas y poco prácticas arañas de cristal que colgaban de techos excesivamente altos. Günter retiró la vista del ampuloso y bien cuidado jardín que daba la vuelta a su casa para fijarlos en los retocados y algo inmóviles ojos de su esposa, a quien recientemente el cirujano plástico había liberado de ojeras que los afeaban, lo que había rebajado su edad aparente en cinco años por lo menos. Avanzó dos pasos, en silencio,

sobre la mullida alfombra con motivos de tapiz oriental, una típica escena de serrallo con mujeres desnudas y un turco violento armado de alfanje —una compra a precio de ganga tras casi un día de regateo en el zoco de Estambul, hacía diez años, con dos vendedores ariscos que le atiborraron de té—, abrió el mueble bar y se sirvió un Porto Vintage.

—Querida, creo que te lo dije ayer, durante la cena. Me llamó el director de informativos de la cadena ZDF, estuvo muy amable conmigo y me pidió que me prestara al tormento paciente de sus periodistas... someterme a una entrevista —paladeó el Porto, hizo un gesto de agrado mientras daba la espalda a su esposa y fijó su mirada en el jardín—. Quieren saber cosas de la guerra. Eso es todo. No somos muchos los supervivientes, según van pasando los años, y dentro de poco ya no habrá testimonios directos de lo que pasó. Y me imagino que quieren contrastar opiniones, trazar un fresco de ese período, lo que no me parece mal.

—Pero, Günter. ¿Qué te aporta? ¿A estas alturas de la vida te emociona salir por televisión? —la señora Meissner se acercó a su marido y tomó su mano libre entre las suyas—. Esa caja estúpida es más bien fuente de desprestigio que de otra cosa. ¿La ZDF no está organizando uno de esos espectáculos grotescos, un Gran Hermano? Yo no hubiera aceptado. Además ya sabemos qué clase de individuos son los periodistas y cómo lo distorsionan todo a conveniencia, para hacer subir la audiencia de sus programas. ¿Vas a hablar de tus vinos? Eso sí sería positivo.